



# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

MATÍAS PADILLA *(El Abate Pirracas.)*



*Padilla*

Dice, al hacer revistas, con franqueza  
lo que juzga verdad,  
y puede perdonarse la dureza  
por la sinceridad

## SUMARIO

TEXTOS. De todo un poco, por Luis Taboada.—Salud á prueba, por Edar-  
do Bastillo.—Una conquista, por José López Silva.—Cosas, por Antonio  
Peña y Guñi.—¡Esto es abogarse!, por Juan Pérez Zúñiga.—Miniatura,  
por Sinestio Delgado.—*Concurso de sonetos*.—Chismes y cuentos.—Cor-  
respondencia particular.—Anuncios.  
GRABADOS: Matías Padilla.—El calor.—Anuncios, por Cilla.



La cosa está que arde.

No hay medio de encontrar frescura en ningún sitio de la capi-  
tal, y los vecinos de Madrid se bañan en su propio jugo.

Los que tienen medios abandonan la corte, dispuestos á sopor-  
tar las comidas de fonda y el traqueteo demoleedor de los trenes.  
Unos se van á las playas humildes, donde la vida es barata, aun-  
que inaguantable, y otros hacen el sacrificio de vivir en San Es-  
tebanián y dejar un riñón en poder de patronas y fondistas.

Hay quien tiene un amigo en Gijón, por ejemplo, y dice con la  
mayor tranquilidad del mundo:

—¡Hombre! Ya sé dónde pasar el verano. En Gijón. Allí está  
Baldomero, que me ha ofrecido la casa muchas veces, y sería una  
tontería desaprovechar la ocasión.

Y escribe la siguiente carta:

«Querido Baldomero: Sería un ingrato si después de tus reite-  
radas instancias dejase de hacerte una visita. El lunes salgo para  
ésta con mi mujer y mi sobrino Gregorio, que necesita los baños  
de mar porque se ha criado con biberón y no acaba de desarrollarse.  
Ya conoces nuestra manera de ser; por consiguiente, en cual-  
quier sitio nos acomodaremos.»

Lo primero que hace el de provincias, al recibir la carta, es  
preguntar á su mujer:

—¿Cuántas sábanas tenemos?

—Trece, pero dos están dando las boqueadas.

—No importa, con Heliodoro tengo yo mucha franqueza.

—¿Qué Heliodoro?

—Heliodoro González, que viene á pasar una temporada con  
nosotros.

—Pero ¿quién le ha convidado?

—Ya sabes que cuando estuve en Madrid se portó conmigo  
perfectamente; me llevó á ver el viaducto, me presentó á Perrín  
y Palacios y me convidó á comer en las Tullerías. Yo estaba en  
el caso de corresponder á sus atenciones invitándole á veranear  
aquí.

—¡Ay, Baldomero! ¡En buena nos hemos metido!

—No seas tonta; Heliodoro es una persona excelente y está  
acostumbrado á todo. Cuando era estudiante no tenía más que  
dos camisas y un bastón de estoque. Ahora bien, la señora ya me  
parece más difícil de contentar.

—Pero ¿viene también la señora?

—Sí; viene ella y un sobrino algo delicado.

—¡Jesús!

El matrimonio de Madrid se enlaza de rondón en aquella casa,  
acompañado del sobrino, que es un zagalón lleno de resaca.

—Nada de ceremonias—dice Heliodoro.—Háganse ustedes la  
cuenta de que somos de la familia.

—Ya lo sabemos—contesta el infortunado anfitrión.—Aquí es-  
tán ustedes en su casa.

El sobrino no deja titere con cabeza, y toma posesión de aquel  
domicilio como de país conquistado. Un día se le antoja bajar de  
la behardilla un sable viejo y comenzar á repartir estiracozos en-  
tre los muebles; otro día introduce en la sala el cuerno de un

vecino para ponerle banderillas, y acaba por coger un retrato de  
León XIII y pintarle bigote y sombrero de copa.

La esposa de D. Baldomero se exaspera y trata de reprender al  
muchacho, pero á esto se opone la tía diciendo:

—No le contraríe usted. ¡Pues no faltaba más! Para reprender-  
le estoy yo aquí, que soy su tía. ¿No ve usted que está delicado y  
se nos puede desgraciar?

Aquella casa se ha convertido en un infierno, y la infortuna-  
da dueña ha renunciado á la aguja y á todo, para dedicarse exclu-  
sivamente á la cocina.

—¿Te parece que ponga mañana la merluza con salsa verde?—  
pregunta á su esposo antes de entregarse al descanso.

—Allá tú.

—¿Sabes si á tu amigo le gustan los callos? Yo me vuelvo loca  
para introducir variaciones en la comida. ¡Ay, Baldomero! ¡Qué  
ratos nos están haciendo pasar los forasteritos! Y si al menos ella  
fuese una mujer como Dios manda; pero parece que nos dispensa  
un favor con estar aquí, y siempre está rehálome indirectas so-  
bre las narices de mamá. Como las tiene coloradas por efecto de  
la erisipela, todo el mundo se cree con derecho á reírse.

—Es necesario ser prudentes.

—Sí, pero la prudencia tiene sus límites. Ya ves, en menos de  
ocho días se han comido un jamón y el frasco de las guindas y  
nueve merluzas y un queso.

—En cambio, el día que vayamos á Madrid tendremos casa y  
personas que nos obsequien.

—Sí, si acuérdate de lo que nos pasó á las de Garnache, que tu-  
vieron en su casa dos veranos seguidos á la familia del senador, y  
cuando ellas fueron á Madrid á sacarse el colmillo, ni siquiera las  
convidaron á un mal refresco. Hubo más; un día las del senador  
les prestaron una servilleta y después se la pidieron ante los tribu-  
nales de justicia.

Tiene razón la pobre señora. Los forasteros producen toda clase  
de disgustos.

¡Ella, tan mujer de su casa, y verse obligada á salir á paseo to-  
dos los días para acompañar á la madrileña, que no hace más que  
poner defectos á cuanto ve!

—Mire usted qué casa tan preciosa—dice la señora de D. Bal-  
domero.—Es de un indiano muy rico que tiene dos negras y un  
guacamayo.

—¿Y á esto llaman ustedes casa bonita? Ya se conocía que no  
ha estado usted en Madrid. ¡Aquellas sí que son casas!—dice la  
forastera.

—Para guacamayos uno que tiene en Madrid la marquesa de los  
Salchielinos—añade el esposo.—Es un guacamayo que habla y  
estornuda y traduce comedias del francés.

En fin, los forasteros, no sólo le comen un costado á aquella  
familia infeliz, sino que además se quejan de la carne y echan de  
menos las legumbres madrileñas y se pasan el día criticándole  
todo, hasta dar al traste con la paciencia de D. Baldomero, que  
acaba por decir á su amigo de la infancia:

—Mira, Heliodoro, una de dos: ó tomáis el tren esta misma no-  
che, ó hago una barbaridad con vosotros. Por de pronto, acabo  
de pegarle una patada á tu sobrino, y es muy posible que le haya  
roto algo... Conque, por la puerta se va á la calle.

LUIS TABOADA.

## SALUD Á PRUEBA

En un competente diario,  
y para nuestra delicia,  
nos dan semanal noticia  
del estado sanitario.

Y, reclamando atención,  
copia aquí con diferencias  
que piden las exigencias  
de la metrificación:

«Las afecciones nerviosas  
se acentúan mucho más,  
y siguen reinando las  
fiebres gástrico-biliosas.»

«Cambios de temperatura,  
tan peligrosos hoy día,  
traen origen de pulmonía  
de muy mala catadura,  
acatarros intestinales  
y congestiones variadas,

pero mal acompañadas  
de hemorragias cerebrales.

«Y en casos muy numerosos  
también agravadas por  
hemorragias de los ór-  
ganos parenquimatosos.

«En su proceso quizás  
ceden algo las neurosis,  
pero las *tuberculosas*

se agravaron mucho más.

«El sarampión á la infancia  
sigue atacando cruel,  
aunque es más benigno en el  
período de la lactancia.

«Como siempre en los veranos  
hay mucha fiebre eruptiva  
y en la piel es incisiva  
ya la cosecha de granos.»

—Y aún sigue la relación:  
y el periódico, que gana  
llenando la cuarta plana  
de esquelas de defunción;  
de su salud en virtud,  
para que olvide el que lea,  
y en su piadosa tarea  
de curarnos en salud,  
cuando bien puede lograr  
que nos curemos de espantos  
al ver con tales quebrantos  
la salud particular,  
da fin así, como en guasa,  
al relato impertinente:

\*Salud pública, excelente,  
y mortalidad, escasa.  
¡A qué pues, los alarmantes  
cuadritos que deja atrás  
pintándose todas las  
enfermedades venientes?  
Al que dolencias le abrumen  
no alivia el final recurso,  
y está demás el discurso  
y, por lo tanto, el resumen.  
Si el dar noticias que aterran  
es costumbre, se proscriba;  
harto sabe ya el que vive  
que tal que se muere, le entierran.

EDUARDO BUSTILLO.

## UNA CONQUISTA

A DON ANTONIO PEÑA Y GORI

—Ahora que estamos solos, señá Claudia,  
va usted á hacerme un favor.

—Si es el que tienes  
costumbre de pedirme toos los días,  
no me atosigues más ni te molestes,  
porque vas á sacar lo que el del cuento:  
los pies helados y lo demás caliente.  
—¡Cuidao que es usted perra, señá Claudia!  
—¡Muchas gracias, José!

—No se merecen,  
pero es el evangelio. Estoy penando  
lo indecible, va ya pa cinco meses,  
por su causa de usted, y á usted, no ostante,  
se le importa un piñón el que uno pene.  
¡Eso prueba que tiene usted la sangre  
más negra que el betún!

—¡No sé qué quieres  
que haga yo!

—¡Señá Claudia!...

—Pues es claro.

—Señora, las preguntas de esa especie  
no hay mujer de sentido que las haga  
ni hombre de educación que las conteste.  
Lo primero, porque eso se adivina  
de golpe, y lo segundo, porque ofende  
aunque uno sea un choto sin criterio,  
verbo en gracia.

—Es decir, que á tí te tiene  
sin pizca de cuidado el que las lenguas  
de hacha, que hay en el barrio, me desenlicen  
por un capricho tuyo, y que me pongan  
á parir, ¿no es verdad? ¡Pues están verdes!  
¡Tengo yo en más estima mi conducta!  
—Mire usted, señá Claudia, too eso es...

—¡Pepe,

tú me has tomao por otra!

—No, señora,  
que la conozco á usted perfectamente,  
y sé que, cuando le entra por el ojo  
un hombre, sabe usted, si es que se ofrece,  
sacrificarse y too.

—Tampoco iznoras  
que soy casada y además decente.  
Lo primero es verdad, pero, no ostante,  
me va usted á permitir el que la ojete  
que también lo es usted pa el señor Braulio  
y ecétera.

—Son dichos de la gente.  
—Y hechos de usted, que, como daren mucho,  
van á ser causa de que á mí me lleven  
donde no me dé el sol, que até no sabe  
lo que es un ser apasionao que tiene  
perdida la conciencia de sus atos,  
ú mejor dicho, el albedrío.

—¡Ay, Pepe,  
qué poético estás!

—Hay circunstancias  
en que el hombre se eleva.

—Mira, vete,  
y no des ocasión pa que el maestro  
se jame la partida y nos caliente.

—A usted no la calienta en este mundo  
ningún sujeto mientras viva éste,  
y con respeto á mí...

—Bueno, concluye,  
y en resumidas cuentas dí qué quieres.

—Que me ame usted.

—¡Que te ame el dios Netuno,  
si está desocupao.

—¡Gracias!

—Parece

que soy yo alguna cosa nunca vista,  
ó que no hay en el mundo más mujeres.  
Ahí está la Asunción.

—Esa pa el gato,  
que es de Valladolid.

—¿Y la Mercedes?

—No te gusta tampoco?

—Ni un pimiento.

—Pues es guapa.

—No es fea, pero tiene  
muchísimo desahogo en ciertas cosas,  
ó muy poca vergüenza, si se quiere.

—Pídele relaciones á la Higinia,  
que ha vacao, según dicen.

—¡Justamente,  
y la salud que me la parta un rayo!

—Si te vas á fijar en pequeñeces,  
¡abflate.

—Pa la cuestión de afectos  
soy muy escrupuloso.

—Pues atrévete  
y díle algo á la Inés, que es una chica  
cuasi bien educá.

—No me conviene.

—¿Por qué?

—Porque la Inés no vive sola.

—Ahora sí.

—Ahora no, y usted dispense;  
que el domingo pasao estuve á verla  
y salí de su casa con un huésped.

—Sería de su madre, que hace días  
echó de menos uno.

—Quizás fuese,  
porque es la de la Inés una familia  
que ni pa Dios congenia con los peines.

—Pero no divaguemos, señá Claudia,  
y no me hable usted ya de otras mujeres,  
porque pa mí no hay más que usted ú el claustro,  
ú Ceuta ú el Peñón. Por consiguiente,  
ú me aprecia usted un poco tan siquiera,  
ú me estraiga ahora mismo la de muelles  
y se la interno á usted.

—Eso es violarme,  
y yo nunca he dejao que me viñuelen.

—Ni ha habido caso nunca.

—En buenas formas  
se consigue de mí lo que se quiere,  
pero lo que es en malas...

—Pues en buenas  
dígame usted que sí.

—Cuando lo piense,  
que no está bien que una mujer honrada  
aceda sin saber dónde se mete,  
mientras haiga en el mundo alabanciosos.

—¿Va por mí esa indirecta?

—Me parece.

—¿Sí? Pues ha ido usted á dar con el sujeto  
más reservao de España.

—No esageres.

—¿Quién se ha enterao jamás de mis asuntos  
con su hermana de usted? ¡Ni las paredes!

—Na más que mi cuñado.

—Porque ella quiso  
contárselo pa que él no se ofendiese;  
no porque yo me fuera del seguro.

—¿Hablas con seriedad?

—¡Usted me ofende!

—Pues déjame, José, que reflexione,  
y dentro de media hora, si Dios quiere,  
te dará la respuesta.

—Señá Claudia,  
Gacias anticipás.

—No se merecen.

J. LÓPEZ SILVA.

## COSAS

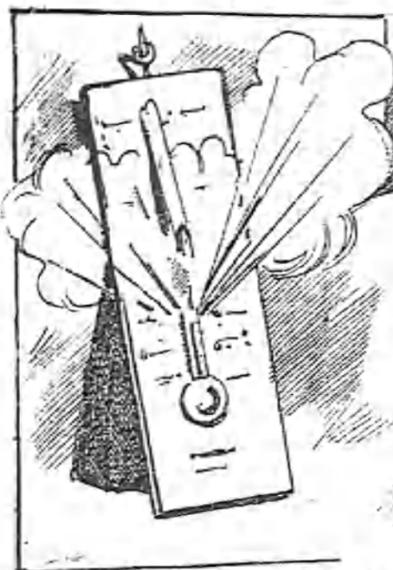
Las grandes revoluciones políticas y los grandes sacudimientos  
sociales vienen cuando deben venir.

No sé si algún Montesquien ha dicho eso antes que este servi-  
dor de ustedes. Si no lo ha dicho, el aforismo me pertenece y re-  
clamo para siempre su paternidad.

Y ahora, á probarlo.  
¿Se acuerdan ustedes de 1868? Todos estábamos podridos, la  
nación oía á gangrena, el cuerpo social á pólipo, el régimen ad-  
ministrativo á pus.

Vino la Gloriosa, que fué para nosotros la cura antiséptica de  
Lister, cayeron de nuestro físico y de nuestro moral millares  
de putrilagos, echamos carne nueva, se depuró nuestra sangre,  
nos bañamos en Hímnos de Riego, y la Constitución del 69 rebizo  
nuestra virginidad.

# EL ALOR



Lo que les pasará á los termómetros si seguimos por este camino.



Calle de Sevilla. Sección de cómicos parados.



La comida.



Lo que tendrán que hacer los vecinos para poder conciliar el sueño.



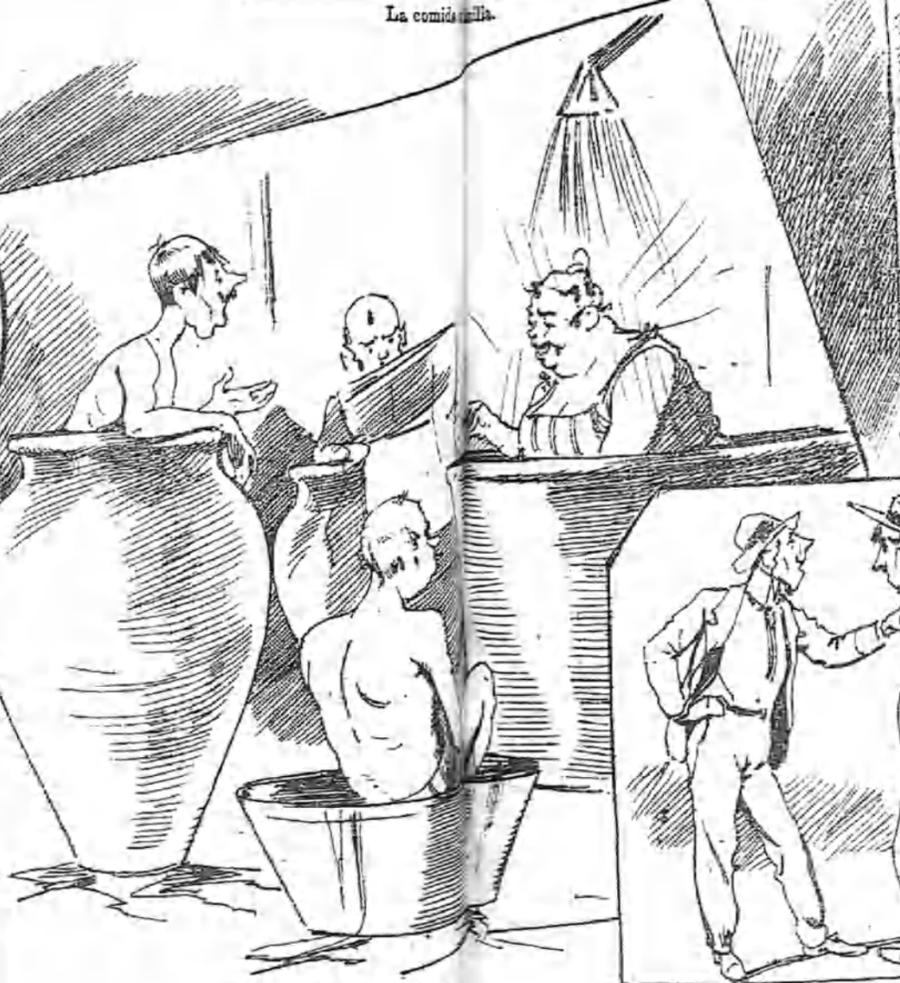
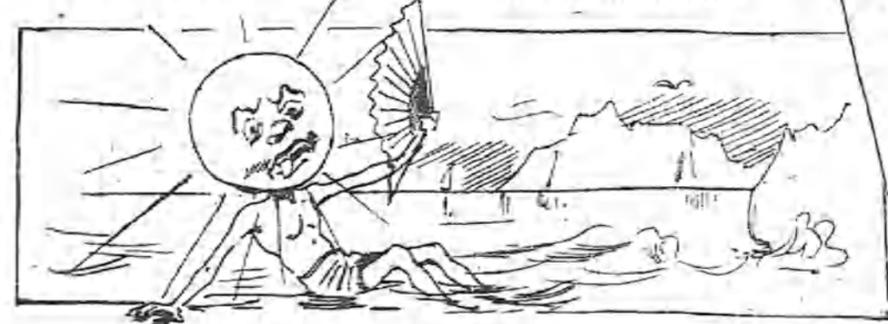
El único ideal de la juventud.



La pareja de orden público: acerca de la sombra.



Idem ibi: acerca del sol.



Una reunión de confianza.



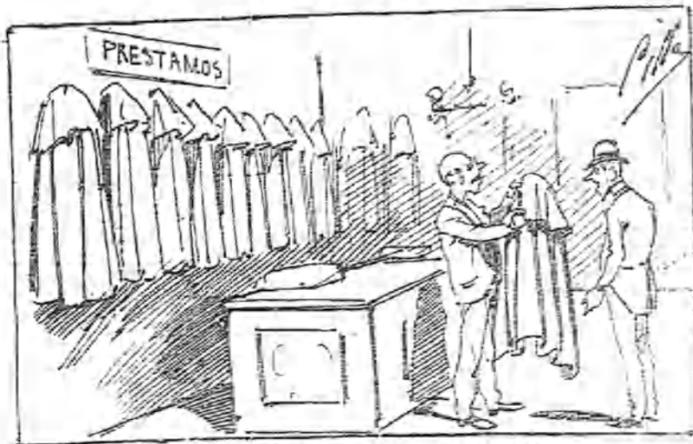
Los que debían dejarlo para más adelante.



Los seres felices que se dejan de cumplimientos.



—He descubierto un sitio donde se respira por la noche.  
 —¿Cuál es?  
 —Me jura usted no decirselo á ninguna persona?  
 —Lo juro!  
 —La cúpula de San Francisco el Grande!



En lo que paran estas bromas.

¿Se acuerdan ustedes cómo estaba entonces el teatro? ¿Qué decañencia! ¿Qué agonía! ¡Oh el teatro antiguo! ¡Oh Lope, oh Calderón! Nos dormíamos todos, nos caíamos a pedazos, como una pared rota por las humedades.

Pero vinieron los Rufos, llegó a Madrid la regocijada cohorte de Arderius, el Olimpo en aletuyas, un diálogo de sentido común que nos amputó la melancolía como un miembro corrompido.

Y respiramos, volvimos *cu el como* vuelve el enfermo después de una operación bien hecha, y batamos y cantamos y echamos caramelos a las niñas, en una deshecha bacanal de desafinaciones y de pantorrillas.

¿Qué quedaba hoy, después de Júpiter y de Venus, de Barba Azul y Chilperico, de Genoviva de Brabante y la Gran Duquesa de Gerolstein?

Una reacción horrorosa, otra vez la gangrena, otra vez los putrilagos, la necesidad de una nueva operación. Fijense ustedes.

En política Cánovas y Sagasta, Sagasta y Cánovas, D. Antonio y D. Práxedes, D. Práxedes y D. Antonio, la monotonía desesperante de lo previsto, el Juan y el Mauricio de *La Debañe*, claudándose cordialmente la bayoneta cuando se encuentran en la Commune de la división, el mismo bacarrá con los mismos bañeros y los mismos *evaporios*.

Cuando el uno ha tallado durante tres ó cuatro años, dice: *Il y a une suite*. Y el otro se apodera de la *suite* y abate *ochos y nueves*, y las oposiciones pierden, hasta que les toca tallar á su vez.

Siempre lo mismo! La tabarra intolerable del Congreso, las frases hechas, las vulgaridades corrientes, el imperio de la mediocridad, el lustre de los impotentes y de los tontos, los escaños desiertos cuando hay que *hacer* algo, repletos cuando hay que *des-hacer* á alguien, el rebato político dando balidos alrededor de los ídolos de paja, y el país alzándose de hombros, contemplando toda esa *sumistaria* con indiferencia de idiota.

En el teatro, Echegaray, el Ravachol de ayer, iluminado por los últimos resplandores de una tea incendiaria que le abraza las manos al consumirse.

Perez Galdós llamado á las puertas de la *Realidad* con un corruído *ideal*, un Myriel de la clase de seculares, á quien roban la honra y que perdona al ladrón, como el obispo de Víctor Hugo perdonó á Juan Valjean el robo de los rubios de plata.

Eugenio Sellés, un carácter, un valiente, haciendo con *Las Venegadoras* lo que la patrona de Ayala y de Arrieta hizo con ciertos olores, y oyendo la voz de la *Verdad* que le dice, como dijo Arrieta á la patrona:—Con azúcar me gusta menos.

La zarzuela gerrande agachándose hasta la opereta con *El Rey que robó*.

La zarzuela chica, alimentada musicalmente por Chapí, consumiéndose en un alcoholismo literario que convierte al público en el Coupeau del hospital de Santa Ana, enjaulado como una fiera, y muriendo en horrible delirio, perseguido por ejércitos de arañas, de ratas y de chinches...

Hablando de otra cosa, ¿se han enterado ustedes de lo que ocurre con la Cibele? ¡Un sainete!

La pobre señora era una robusta nodriza de casa grande, nodriza sana y de abundante leche, á quien los padres de la criatura colocaban siempre en el lugar de preferencia.

El marido, no contento con eso, quería ascenderla más, extremar sus mimos, alhajar su cuarto, comprarle joyas y trajes para que rabiaran las demás nodrizas.

La mujer se ha opuesto energicamente á tales despilfarros, ha habido disputas entre los cónyuges, se ha enterado la nodriza, ha llorado, se ha hecho mala sangre, se le ha retirado la leche y... ¡ahí la tienen ustedes ahora de ama seca!

Y, propósito de amas secas, ¿qué me dicen ustedes de Concha Castañeda en Hacienda, como podría yo ser el autor de *L'Assommoir* si Zola me lo hubiese dictado?

¿Y de Isasa en la dirección del Banco? ¡Isasa, el dulce, el meliflúo, el beatífico D. Santos, el hombre inmortal para los comisarios é inspectores de ferrocarriles, la terrible fiera, que cuando se ve contrariada, cierra los puños, contrae el semblante, espanta los ojos, y dando un puñetazo en la mesa, exclama en el paroxismo del furor: ¡¡CARAMBITA!!!

¿Carambita! ¿Podía esto durar? No; estábamos otra vez como en las vísperas de la Gloriosa, se imponía otra Gloriosa que refrescara nuestra sangre, que nos quitase los nuevos putrilagos que se habían formado en nuestro cuerpo y en nuestra alma; pedíamos ya con grandes gritos la renovación de nuestra virginidad.

¡Y han venido los pelotaris! ¡Ya era hora! Se acabaron las triañezas, se marcharon las preocupaciones, ¡Vivan las cestas, las pelotas y los momies!

Las calles de Madrid se han convertido en frontones donde juegan los *bebés* con cestas diminutas y pelotitas blandas.

*Jai-Abi* y *Fiesta Alegre* están alquilados desde que amanece Dios; y allí se juega por horas, como en los billares, en un admirable deseo de mejorar la raza y comerse á Europa entera si, por ventura, se le ocurre desafiarnos.

Ya tenemos estas indígenas, pelotas indígenas y pelotaris indígenas.

El último partido jugado en Madrid ha sido de primera: los telegrafistas contra Elduayen, delantero, y Cánovas, zaguero.

Empezaron á jugar á sacar desde Arañuez, con pelotas eléctricas, habilidad libre.

Elduayen jugaba por extensión, echando rabiósamente la pelota á los caleros y quince cuadros, mientras Cánovas, el infundente del frontón, sostenía la zaga descansadamente, sin necesidad de entrar en juego.

Hacia falta á los telegrafistas un zaguero habilísimo y fuerte, que entrara á la bola y devolviese los golpes de Elduayen, á la vez que asustase á Cánovas.

Se presentó Romero Robledo, se puso la cesta, fué á defender la zaga de los telegrafistas y se acabó el partido.

Jugó D. Francisco de medio brazo, como Samperio en sus mejores tiempos, y echó á pelotazos de la cancha á Cánovas y Elduayen, dando el triunfo á los telegrafistas.

Elduayen rescindió el contrato con el frontón y se fué. Cánovas se ha quedado de intendente.

Y el juego de pelota vence y los pelotaris triunfan. ¿Por qué? Por la fuerza misma de las cosas; porque las grandes revoluciones políticas y los grandes sacudimientos sociales vienen cuando deben venir.

ANTONIO PENA Y GOSI.

## ESTO ES AHOGARSE!

Querido amigo José Valjean... y no sé qué más: Pensando en venir estás? Pues no vengas. ¿Que por qué? Porque te derrotarás.

En el invierno hace un frío de padre y muy señor mío en esta bendita corte; mas cuando llega el estío, no hay un Dios que lo soporte.

Y tanto da en apretar estos días el calor, que vivir aquí es estar en un baño de vapor imposible de aguantar.

Fué en subir tan progresista mi termómetro de *encima*, que ya se pierde de vista, y sin ser telegrafista, se va á declarar en huelga.

Como el sudar es cargante, y aquí durante las horas de sol se suda bastante, van á hacerse las señoras batas de papel secante.

Aquí la gente se estima; pero á murmurar se anima tan sólo, amigo Valjean, porque al quitarse el pellejo se quita peso de encima.

El agua de tal manera está, que ayer mi portera entró en un baño de estaño, y salió roja del baño como un cangrejo cualquiera.

Mientras dura la estación aquí no encienden carbón para guisar de comer: basta sacar al balcón lo que se quiera cocer.

Si en algún café te metes

y refrescar te prometes, ya verás ¡pobre de tí! que hasta los mismos sorbetes están calientes aquí.

¿Y qué más? Á un tal Padró, que con frases canallescias ayer tarde me insultó, fué á soltarle cuatro *freicas*.

¿Tú crees que pude? Pues no. En verano el forastero que dice: «Todo lo arrosto y á Madrid me voy ligero,» viene á gastar el dinero con el sudor de su rostro; y en tanto que se aclimata á este calor sin medida,

pasa angustiado la vida, pues todo se le dilata, si es que no se le liquida.

Váyase Madrid al cuerno ante este caso inaudito: ayer murió un tal Benito y fué á parar al infierno... ¡y lo encontré tan fresquito!

¿Y no hallas aterradora tu idea? Pues, por favor, que haya en tu viaje demoras que los huéspedes ahora despiden mucho calor.

Quédate con tus chiquillos y no gastes tus dineros para venir de Burguillos, como no vengas en cueros y con nieve en los bolsillos.

(Posdata. Si traes de ahí mil pesetas para mí, ven cuando quieras, José, que yo te abanicaré mientras estés por aquí.)

JUAN PÉREZ ZORRILLA

## MINIATURA

—Tal vez mi morena me quiere por eso! Por ser tan ardiente mi sangre africana que á veces abraso, dejándola un beso, sus labios de grana.

Y amor, que á sus plantas se arrastra inocente ciñéndose al cuello doradas cadenas, se yergue de pronto, sintiendo un torrencio de fuego en las venas.

Mis ojos entonces la miran airados, los celos terribles llamean en ellos y piden venganza de horrores soñados con dardos destellos.

Tal vez se acrecienta su amor anhelante sabiendo que acaso su vida peligró y viendo al arrullo de tórtola amante zarzadas de tigre.

También yo por eso constante la adoro; porque es un arcángel con garras de fiera que de este cariño defiende el tesoro tenaz y altanera.

Y sé que si alguna mujer más hermosa mi amor pretendiera robarle algún día, en esta garganta que besa amorosa su daga handija.

Así somos ambos; pareja salvaje  
que amante se mima y ansiosa se acecha,  
que no se tolera ni sombra de ultraje  
ni vaga sospecha.

A ser dos obreros, por mala fortuna,  
seríamos de esos de clase ordinaria  
que, amándose mucho, lo prueban con una  
paliza diaria.

SINESIO DELGADO.

## CONCURSO DE SONETOS (1)

## VI

## LA RASANTE

En la inmensa llanura del desierto  
que truca el huracán en océano  
cuando agita con soplo soberano  
palmas y arenas en feroz concierto,  
de un pueblo rey el corazón ya muerto  
arranca un grito del asombro humano  
de Dios, al verlo, por la airada mano  
en el sepulcro amortajado y yerto.

La tumba audaz que la soberbia humana  
alzó para su fama venidero,  
aún toca al cielo con su cima ufana.

Mañana, al ir por la llanura austera,  
¡no encontrará la absorta caravana  
ni las altas pirámides siquiera!

BENVENUTO.

## VII

## TUS PESTAÑAS

Porque son de tus ojos defensoras,  
adoro, dulce prenda, tus pestañas;  
y ellas son las que rasgan mis entrañas  
como dardos de amor á todas horas.

Si las bajas, me hieren punzadoras;  
si las levantas, sin querer me dañan,  
y de mi inmenso amor redes extrañas  
vivo preso en sus hebras seductoras.

Y así como ligera baja y sube,  
cuando tu mano el abanico mueve,  
la ancha corbata de sutil encaje,

Oscila mi alma, cual inquieta nube,  
siempre que agitan con impulso leve  
tus pestañas su negro varillaje.

FACUNDO IV.

## VIII

## CARGO Y DATA

Fruto, no del amor, sino del vicio  
que en ella ejerce su funesto influjo,  
ávida de placeres y de lujo,  
por alcanzarlos rueda al precipicio.

Gozar, reír, triunfar, ése es su oficio:  
graciosa y bella á cuantos vió sedujo,  
y el afán de riquezas la condujo  
á morir de limosna en un hospicio.

¡Oh, vosotras, señoras de alta esfera,  
que con harto desdén volvéis la cara  
cuando pasa la pobre aventurera:  
pensad alguna vez que no pecara  
si vuestras galas y esplendor no viera  
y vuestro derrochar no la tentara!

PSEUDÓNIMO.

## IX

## LA TEMPESTAD

Yo vi llegar la tempestad bravia.  
El viento fuerte, al azotar el suelo,  
olas de polvo remontó en su vuelo,  
oscureciendo el luminoso día.

A torrentes el agua descendía  
bajo el plomizo y tormentoso velo,  
brillaba el rayo iluminando el cielo  
y el trueno pavoroso estremecía.

Los caudalosos ríos, desbordados,  
anegaron las verdes heredades,  
los hondos valles y floridos prados...

Y ante aquellas sublimes realidades  
volví al mundo los ojos aterrados  
y desprecié sus vanas tempestades.

GIL BLAS.

## CHISMES Y CUENTOS

¡Calle usted, por Dios! ¡Pues no resulta ahora que el Gobierno está recibiendo de todas partes excitaciones para que se aprueben pronto las tarifas de ferrocarriles?

Hay que advertir que las tales tarifas dificultarán gravando en doce por ciento el tráfico de mercancías y el movimiento de viajeros, cosas ambas que se consideran esenciales para la vida de las naciones, y no favorecen más que á unas cuantas fabricas, que no por eso bajarán los precios ni sostendrán más operarios.

Y se trata de que los cuatro ó cinco favorecidos, á fuerza de chillar, convenzan á unos cuatro millones de perjudicados de que eso de que le den á uno con la badila en los nudillos es cosa conveniente.

Y hasta acaba por gustarle á uno.

De una muy grave dolencia,  
que se juzgaba mortal,  
la esposa de don Pascual  
está en la convalecencia.

Por eso sin duda ayer  
el doctor con alegría  
á don Pascual le decía:

—¡Bah! Ya tenemos mujer.

LIBORIO PORSET.

Telegrama de una capital de provincia:

«Se ha quemado una bonita y variada función de fuegos artificiales en la Plaza Mayor.»

Sea enhorabuena.

Pero para transmitir noticias de ésas... más valiera que siguieran en huelga los telegrafistas.

Libros:

*Caricaturas* se titula un nuevo y delicioso libro de nuestro querido compañero Luis Taboada. Es... como todos los suyos, y no cuesta más que 3.50 pesetas.

¿Lo comprarán ustedes?

*Teatro fantástico*, por D. Jacinto Benavente. Contiene el tomo las obras siguientes: *Antor de artista*, los; *Los favoritos*, comedia en un acto; *El cuento de una hora*, dialogo, y *Cuento de primavera*, comedia en dos actos. *Novelas*, colección de lindísimos cuentos del insigne novelista D. Jacinto Octavio Picón, que ha formado con ellos un libro interesante de amena lectura, de irreprochable buen gusto y de verdadero mérito literario. Precio: 3.50 pesetas.

*El ventorrillo del Chato*, sainete lírico en un acto y en verso, de D. J. Contreras Infante, música del maestro Jiménez, estrenado recientemente en el Teatro del Tivoli.

*Los políticos de Palencia y su provincia*, por D. Donato González Andrés. Cuaderno 27.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. V. G. D.—Riotinto.—Hombre, si, mande siempre que quiera y puede que aprovechemos alguno.

Sr. D. S. G.—Aliaga.—Puede decir cuáles son y se le remitirán á vuelta de correo, á precio corriente.

Sr. D. M. M.—Se puede publicar el segundo. Puede mandar su verdadera firma.

*El simpático*.—Basta que usted lo diga, prenda. Pues... lo del extraordinario... acaso en Octubre... No lo juro, ¿eh?

*Noy*.—¡Oh, si señor! Se puede enviar lo que se quiera.

Sr. D. A. R. O.—Son profundamente tristes, sin mezcla de humorismo alguno. Y en este periódico, aunque sea poquito, hace falta algo.

*Pirriquia*.—Tiene usted una letra

tan endemoniada  
que, aunque me desojo,  
no le entiendo nada.

Sr. D. R. R.—Las redondillas son bastante flojas. Y el asunto es manoseado y vulgar.

*Ruso*.—¿Pero de veras dedica usted esas seguidillas á Ángeles? Pues como las resista á pie quieto, diga usted que ya no la matan pulmonías.

*Cuasehol*.—Puesto que no son muy atrasados... podemos dárselos á precio corriente.

*Cabrino*.—¡Qué mal versificas,  
compadre Cabrino!  
¡No irás á la gloria  
por ese camino!

*Sinton*.—No es lo malo ¡ay! que sea una porquería, como lo es efectivamente, sino que me parece que yo he leído ya eso en alguna parte.

*Castañ*.—Eso es llenar de rípios las aceras,  
y ¡ay si lo sabe Bosch y Postegueras!

*Rafosa*.—Mucho amor me parece para cantado en versos tan prosaicos.

Sr. D. R. V.—¿Que si publico la composición no me costará nada? ¡Si, señor! Me costará un dolor de cabeza.

*Tuc*.—E- un cuento que, de puro sabido, debe callarse. Y en los romances no se debe cambiar de asonancia cada cuatro ó seis versos. Porque hace un efecto del demontre.

Sr. D. A. T. F.—El chiste final está muy gastado, y se ve venir á cien leguas.

MADRID, 1890.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa. Libertad, 25 duplicado, bajo.

(1) Esta semana se han recibido sesenta y cinco. Á pesar de la adrencia del número anterior, la mayor parte se refieren á las cien pesetas, imposibilitando así su intermisi. Pero que de publicar no habría que publicarlo todos, y les permitiendo para el próximo premio la identidad de asunto.

ANUNCIOS



Hijo, nunca está de más tener un bastón de Gras. Alcalá, 40.



A nadie le sabe mal el anís de El Imparcial. Vicente Lóbez.—Zaragoza.



Ya lleva todo Madrid camisas de les de aquí. Martínez.—San Sebastián, 2.



La de Tomás, alma mía, es la gran peluquería. Alcalá, 40.



Para engordar en dos días, comed en Las Tullerías! Matute, 6.



Limpieza en la dentadura es lo que nos manda el cura. Tirso Pérez.—Mayor, 73.



Un pantalón de Pesquera le sienta bien a cualquiera. Magdalena, 20.



Quien no compra un buen reloj es un pedazo de boj. Brañas.—Matute, 12.



Como Eubio, peluquero, no hay otro en el orbe entero. Peligros, 10 y 12.



ABORTO DE OVAS Y LAMAS  
Cruza el pez el ancho mar,  
y es desgraciado al pensar  
que nunca ha de ver las ce-  
[mas  
que venden en el Bazar.  
Plaza de la Cebada. 1.



Cognac fino de Moguer.  
¡qué rico debes de ser!  
Solrines de Gines.—CARRERAS, 77.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con inclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primera derecha

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID